

VII

Un mes después, el vizconde y su prima se casaron... Y el mismo día de las bodas, al volver de la iglesia, mientras la novia, vestida de blanco, sonriente y sencilla, miraba con admiración su nido agreste y refinado, el vizconde, cuya alma había sido hecha para sufrir, comprendió que acababa de perder la única fuente de actividad de que podía disponer, la actividad de la inquietud sentimental, y que á partir de ese momento la existencia tranquila de la verdadera familia, sería para él tan vacía, tan solitaria, tan helada, como el lecho en que Loulou había dormido por la última vez...

ALMA INQUIETA

ALMA INQUIETA

A Clarín.

I

Yo no creo haber sido nunca niño ; yo no vivi nunca en el campo ; y sin embargo, esta mañana, al despertarme en mi lecho de monje frente á la ventana llena de flores de mi celda, creí experimentar de nuevo una sensación infantil. ¿ En dónde había yo visto, al amanecer, un balcón estrecho y florido como mi balcón religioso ? En ninguna parte. ¿ Cuándo he pasado una noche en el campo ? Nunca.

No ; nunca. — Lo mismo que casi todos los parisienses, mis compatriotas, nací envejecido en un cuarto diminuto de una casa obscura ; y pasé mis primeros años entre los muros de un liceo, y no vi jamás sino los árboles casi artificiales del Bosque de Bolonia, y nunca me encontré fuera de las fortificaciones después de las doce de la noche.

Las únicas madrugadas campestres de que puedo

acordarme, son las que *he leído*, las que los libros han hecho aparecer ante mi visión, las madrugadas vistas por los demás, en fin. Y no obstante, mis impresiones artificiales han llegado a confundirse de tal modo con mis impresiones reales, que mi primera idea, al abrir hoy los ojos, fué una idea de recuerdo. Yo creía, en efecto, haber contemplado esas flores y ese gran espacio claro, en otro tiempo, en mi niñez, en la verdadera primavera de la vida...

Ahora me río de mí mismo y de mi falta de sinceridad para con mi propia alma; pero a la verdad la culpa no es mía, sino de los novelistas que continúan haciéndonos ver el eterno panorama de la infancia en un paisaje de flores y de aire puro. Si alguien nos habla de un niño muy dichoso, nosotros nos le figuramos desde luego en el patio de una granja... No hay nada que falsée tanto nuestras impresiones, como la literatura.

A las nueve de la mañana el capellán vino á visitarme con objeto de conocer á punto fijo el estado de mi ánimo. Según parece el superior le había recomendado que me tratase con muchos miramientos. Su primera pregunta fué tan humilde y tan sencilla, que casi me pareció ridícula:

— ¿Es usted filósofo?

— No, padre, no lo soy; si lo fuese no estaría aquí, en busca de Consuelo y de Olvido. Yo no ten-

go que arrepentirme de ningún inmenso pecado: mi vida no ha sido ni peor ni mejor que la de casi todo el mundo; pero he amado mucho y he sufrido mucho; y como en París es ridículo llorar, y como llorar á solas es horrible; y como no espero nada, ni deseo nada; y como ella me engañó, he creído que el mejor de los refugios era éste... Más que para convertirme, he venido para llorar, para esconderme, para no ver reír.

Su consejo definitivo me ha hecho perder una gran parte de la fé que siempre he tenido en el talento de los confesores de los conventos.

« Depositar nuestra alma entre las manos de una mujer — me dijo — es como embarcarse en un esquife roto; la única que puede darnos la dicha es Nuestra Señora ».

...Creo que si mi portera fuese católica, me habría dicho lo mismo.

II.

¿Será por obra del poder divino? ¿Será á causa de lo raro que es aquí todo para mí? ¿Será un efecto de la fatiga? Lo cierto es que durante los tres días que llevo en el convento, casi no he sufrido.

« ¡ Casi no he sufrido ! » He aquí una frase que no me figuré poder escribir nunca de nuevo.

Creo que comienzo á curarme. Hoy he realizado una experiencia verdaderamente cruel: me he quedado á solas con mis recuerdos y he hecho que mi Alma contemple todas las circunstancias de su Dolor... Mi vida dichosa, mi amor fanático por Luisa, los primeros dos años de nuestra unión, sus caricias, mi confianza ciega en ella y en su cariño, todo lo que podía preparar á mi Alma para que la desgracia le pareciese espantosa, en fin, se lo he repetido lentamente, friamente, cruelmente. Luego la he hablado de la traición, le he dicho el nombre del otro, le he repetido las circunstancias minuciosas y ridículas del abandono, le he asegurado que muchos, en mi caso, tienen derecho á matar ó á morir; le he recordado la expresión de mil sonrisas inolvidables, de mil miradas misteriosas... Y sin embargo, mi pobre Alma marchita y enferma, ha sufrido ante el horror completo del cuadro, menos de lo que sufría hace una semana ante la sombra de un detalle cualquiera.

¡ Alabado sea Dios que comienza á tener piedad de mí !

III.

Mi buen capellán me ha obsequiado con un ejemplar de la *Imitación de Nuestro Señor*.

Yo nunca he tenido una gran simpatía por ese libro autoritario, seco y paradójico, y ahora que lo he leído por tercera ó cuarta vez, en el momento en que más necesidad de alivio moral tengo, mi poca simpatía se ha convertido en verdadero rencor contra el fraile que lo escribió. Sin duda el pobre Kempis no tiene la culpa de que la crítica haya considerado sus meditaciones como una fuente inagotable de consuelos morales; pero, en realidad, creo que dar la *Imitación* á un hombre que sufre, es engañarle y burlarse de él. Que Dios me perdone si blasfemo. Entre todas las máximas lapidarias y algo pretensiosas del famoso libro, no hay una sola que sea verdaderamente humana. « Aléjate del mundo, porque mientras más lejos estés del mundo, más cerca estarás del cielo ». « Desprecia las tentaciones, que sólo son imágenes del pecado ... » Sí; todo eso es excelente; pero todo eso no nos da la menor indicación sobre los medios que debemos emplear para alejarnos del mundo ó para escapar á la tentación. Y luego, ¡ cuán poco ardor en las frases ! ¡ qué falta de exalta-

ción, de lirismo, de poesía! Para mí los únicos libros que tienen una verdadera influencia religiosa en las almas atormentadas, son esos ardientes y locos tratados místicos de Santa Teresa y de la hermana Emmerich, en los cuales no hay retórica de ninguna clase, y que son sencillos, y que son sobrenaturales, y que están llenos de lágrimas... Después de todo, para consolar á los hombres no hay nada mejor que las mujeres. No sé si pienso una tontería ó si escribo una frase pecaminosa, pero creo que un elemento de consuelo que faltará siempre á los escritores religiosos y que existe en las santas citadas, es la voluptuosidad del sentimiento místico.

IV.

Las obras de la hermana Emmerich han influido en mi alma de una manera contraria á lo que yo esperaba. En vez de calmar mis penas pasionales, las han avivado hasta el punto de que mis sufrimientos son ahora tan intensos como la víspera de mi entrada en el convento.

Tanto he padecido y tanto he llorado, en efecto, durante estos últimos tres días, que más de una vez he estado á punto de marcharme, de volver á París, de renunciar á mis ideas de retiro y de olvido, de

volar hacia donde Luisa está, y de perdonarla, de perdonarla sinceramente, de ofrecerla toda mi vida por un nuevo beso, por una caricia como las caricias de antaño, de permitirle que me deshonre, que me convierta en instrumento de risa y de oprobio, con la condición de dejarse abrazar, de dejarse idolatrar...

Y lo mas curioso, lo que mejor demuestra que el ser humano no escucha sino los consejos que se amoldan á sus propios deseos, es que mi orgullo ha desaparecido casi por completo gracias á los consejos de la santa escritora... ¿Que los hombres se burlan de mí? ¡Y qué! Más me burlo yo de los hombres. El mundo es despreciable y la opinión humana vale menos que lo que no vale nada. El amor propio es odioso y vano. Lo único que debe ocupar nuestro corazón, es el amor de los otros, el amor de Dios, el amor de los que sufren, el amor de una mujer... ¡oh Luisa, Luisa, aún te adoro!

V.

Hoy he hablado francamente con mi buen capellán: le he explicado la impresión que las obras de la hermana Emmerich han producido en mi alma y le he dicho que, en ciertos instantes de soledad, tengo miedo de mi mismo.

Á pesar de su aparente sencillez, el buen sacerdote me había adivinado.

— « Todo eso — dijome — no tiene importancia ninguna. Los santos mismos han pasado por crisis de pecado y de cobardía mucho más grandes y mucho más peligrosas que tu crisis actual. Lo indispensable es no dejarse acobardar. Abandona la lectura, huye de la soledad, y reza. Si dentro de nueve días, al terminar la novena que debes ofrecer á Nuestra Señora de las Victorias, tus tentaciones persisten, volverás á París. Por lo pronto un poco de valor y adelante ».

No sé si es porque en el instante actual cualquiera palabra firme me parece admirable, ó si es porque realmente mi director espiritual tiene un gran talento como conductor de hombres, pero lo cierto es que sus consejos han cambiado por completo mis sentimientos.

Veinticuatro horas apenas después de haber deseado, con todo el ardor de que soy capaz, un beso criminal, me siento ya tranquilo y dispuesto á renunciar por completo á todo lo que se relaciona con mi pasado.

Mañana principiaré la novena y antes de ocho días estaré curado por completo. ¡ Valor ante todo !

VI

La tranquilidad... una tranquilidad relativa y melancólica... reina de nuevo en mi alma.

He comenzado la novena, y sin ser profundamente religioso en el sentido fetichista que mi confesor dá á esta palabra, encuentro todos los días, al ir pasando casi maquinalmente las cuentas de mi rosario y al ir repitiendo mis oraciones demasiado cortas, demasiado sencillas y aun algo monótonas, un placer de humildad y de obediencia que me consuela. Además, las horas que paso de hinojos en la capilla, me fatigan materialmente, y la fatiga material contribuye siempre á calmar los nervios.

Mi confesor viene á verme todas las mañanas, pero nunca me habla de mis penas. Hoy justamente, cuando yo quise darle algunos detalles sobre el estado actual de mi ánimo, me rogó que dejásemos ese asunto para más tarde.

« — Estoy seguro — me dijo — de que cuando Nuestra Señora de las Victorias te haya oído rezar durante nueve días, la curación será más completa. Nuestra Señora de las Victorias hace todos los milagros que se le piden. »

La fe inquebrantable de este sacerdote, ejerce en mi

ánimo una verdadera dominación. Me parece tan fuerte moralmente, tan franco, tan sencillo y tan bueno, que cuando él está á mi lado no tengo ni aun el valor de sufrir, por temor de contrariarle.

Lo malo es que sólo viene á verme por las mañanas... Y mis horas fatales son las de la noche...

VII

¡Cuán largas son las noches, lejos de París! Me acuerdo que allá, cerca del boulevard, en mi casita perfumada y tibia, cuando no podía dormir poníame á leer ó á meditar. Y las horas pasaban rápidamente; y á veces la madrugada me sorprendía con un cigarro entre los labios y una imagen en el cerebro. Aquí cada noche de insomnio dura una eternidad. Cuando paso cuatro ó cinco horas sin dormir, me siento envejecer. Lo único que me ocupa es la oración, y la oración misma, en ciertas circunstancias, sólo me ocupa los labios. Más de una vez me he sorprendido pensando en ella, en Luisa, con cariño, casi con deseo, y ofreciendo, al mismo tiempo, á la Virgen, toda mi alma, y el sacrificio de mi libertad, y todas las lágrimas de mis ojos. En otras ocasiones comienzo recitando una «salve» y al cabo de treinta

ó cuarenta palabras paso, sin echarlo de ver, á una «Ave María».

En el fondo, mi curación no va tan deprisa como mi confesor se lo figura.

VIII

Mañana es el último día de mi novena. La Virgen me protege. Hoy he sido casi dichoso, y, en dos ó tres instantes diferentes, he reído de buena gana pensando en la inocencia ridícula de algunas de mis ideas fijas. Son las seis de la tarde y aun no he pensado un sólo instante en Luisa.

¡Pobrecilla! Para que Nuestra Señora sea buena conmigo, anoche le juré que perdonaba, desde el fondo de mi corazón, á la que tanto me había hecho sufrir. Después de todo, ella también ha sufrido mucho, mucho, quizás tanto como yo. ¿Por qué guardarla rencor? No; no la guardo ya rencor ninguno, y aun siento quererla más que nunca, como á una hermana del alma. La Virgen me aprobará.

Creo que mi vida en este monasterio va á ser muy dulce, muy tranquila, muy dichosa. — Más tarde trabajaré sosegadamente; escribiré algo serio, una historia de la literatura mística, algo que sea útil á la gloria de Dios y á la ilustración de los hom-

bres. — ¿Cuáles son los escritores religiosos de quienes podré hablar con verdadero entusiasmo? Santa Teresa la primera, naturalmente... luego la hermana Emmerich... y San Juan de la Cruz... y también Kempis; sí, Kempis es un gran consejero á pesar de que, en ciertos instantes de crisis nerviosa, sus frases hacen daño; pero le leeré de nuevo, y como ahora ya estoy curado...

En verdad hoy no tengo sueño. Estoy contento. Hay algo, en el fondo de mi corazón, que parece moverse rítmicamente, que me anima, que me alienta, que me da vida y calor. ¡ Con cuánto gusto iría á dar un paseo por el jardín!

IX

Hoy terminé mi novena. Hoy he sido dichoso, completamente dichoso.

Mi confesor ha pasado varias horas á mi lado, me ha hecho mil preguntas y, al marcharse, me ha dicho:

— « Ya seguiremos charlando; tenemos mucho tiempo; estoy seguro de que dentro de diez años, si Dios no nos llama á mejor vida, todavía nos veremos aquí todos los días ».

Es un hombre excelente, mi confesor.

X

Estoy curado, enteramente curado. Durante los ocho días que han transcurrido desde que terminé mi novena hasta hoy, ninguna imagen violenta, ninguna tentación fuerte ha turbado la paz de mi alma.

Mi pasado aparece ante mi recuerdo como una historia muy antigua y casi como una aventura impersonal. ¿ Fui yo, en efecto, el amante de Luisa, ó fué otro... uno de mis amigos... y yo sólo le serví de confidente?

Duermo bien; tengo buen apetito; mi confesor dice que he engordado; mis ideas son justas.

He leído de nuevo la *Imitación* y la he leído con placer. Kempis fué un religioso triste y desencantado de la vida, que supo compendiar en un espacio muy corto la esencia de todos los buenos consejos y de todos los consuelos divinos. Parece mentira que este mismo libro, que hoy me parece tan admirable, me haya sido antipático en otro tiempo.

Ya he comenzado á trabajar. El Superior me ha permitido hacer traer de Paris algunos de mis libros preferidos: libros de versos en general. Para no escandalizar á mi buen confesor, no he querido hacer venir sino libros místicos, las poesías de fray Luis

de León, las de San Juan de la Cruz, la *Cristiaaa*, la *Sagesse* de Verlaine, dos ó tres libros más de literatura y un Diccionario Littré. El nombre de Littré no ha sonado agradablemente en el convento; pero nadie se ha atrevido á decirme una palabra. En el fondo los religiosos no son tan intransigentes como el clero.

Estoy satisfecho de las primeras páginas que he escrito como introducción á mi historia de las letras sagradas. Mi confesor las ha leído y me ha dicho que son admirables. El pobre santo me quiere tan tiernamente que todo lo que es mío le parece excelente.

Ayer me hizo una observación muy curiosa. Cuando, en un momento de abandono, yo le daba las gracias por sus grandes bondades, él se puso triste y me dijo:

« — La amistad que tengo por ti, hijo mío, es uno de mis pecados, porque contiene algo de orgullo. Yo creo (y me arrepiento humildemente) que en mi solicitud por tí entra por mucho el sentimiento vanidoso de haber contribuído á tu salvación ».

XI

Una circunstancia muy insignificante ha venido á echar por tierra muchas de mis ilusiones sobre mi

curación. No; aún no estoy curado; el mundo existe aún para mí; aún sé mentir, y desear, y sufrir.

Entre las páginas de uno de los libros que me vinieron de París, encontré, anteayer, un rizo rubio, un rizo de Luisa. Al principio pensé en entregárselo á mi buen consejero; mas, en verdad, no pude. Ese rizo me enloquece con su color de oro antiguo, con su color triste y delicado de cabellera de princesa, con su perfume, con su suavidad. Y, sin saber lo que hacía, lo he besado y me he quemado los labios en sus hebras. Y ahora, después de haber prometido á la Virgen que no volvería á verlo, que no volvería á tocarlo, que se lo entregaría al capellán, acabo de cubrirlo de besos apasionados y de lágrimas de deseo.

Mi alma, incoherente y débil, se encuentra más atormentada que nunca, sin saber á punto fijo lo que desea y lo que necesita.

... ¿Hacer una segunda novena? No, no puedo; me siento sin fuerzas. Lo mejor es confesarlo todo al confesor... mañana mismo... sí; mañana... después de haber respirado el perfume de su cabellera, durante toda una noche... la última... ¡lo juro!

XII

Aún no he dicho nada á nadie. Pero he sido fuerte: durante dos días no he abierto el libro en que se encuentra encerrado ese rizo... ¡Si mi celda se incendiase de pronto... ¡Dios sabe!... quizás así desaparecería la Tentación... ó quizás me echaría yo mismo entre las llamas para salvarla, ó para morir con ella.

La idea de la Muerte se presenta á cada instante ante mi imaginación. Mi alma débil no ve un refugio definitivo sino en el suicidio.

... ¿Por qué no me suicido?... ¿Por temor de Dios?... No; si no me suicido es porque no quiero dejarla sola en el mundo; por celos, por celos; porque la posibilidad de que otro, después de mi viaje eterno, pudiese poseerla por completo, me haría sufrir horriblemente aun después de muerto...

Luisa, Luisa, mi pobre, mi querida, mi adorada Luisa ¿qué haces en este instante? ¿Por qué no me llamas?... Si me hicieses una seña, pasaría, á pesar mío, por sobre el Honor y te iría á besar los labios, á besar los ojos, á besar los pies, á arrodillarme ante ti... á llorar de nuevo después de haber

llorado tanto... á ser de nuevo tu esclavo... Luisa... maldita seas, porque te adoro...

XIII

He seguido luchando; he tratado de resistir tres días más; no puedo. Mis actos de valor son puras hipocresías. No puedo... ¡Y yo que llegué á figurarme, cegado por la vanidad, que sólo la quería como á una hermana!... ¡Y yo que le rogué á la Virgen por su alma!... ¡Locura!... Lo que me atrae, lo que me hace olvidar todo, perdonarlo todo, correr á arrodillarme ante ella, es ella misma, y la blancura de su carne, y su perfume, y sus caricias, y su belleza; ella, en fin, y mi Pasión... ¡Bendita seas, Luisa!